

SACUDIENDO LA INERCIA

Sociedad de regantes

Los propietarios cordobeses vienen pidiendo hace años la construcción del pantano de Guadalmellato, que ha de beneficiar con el riego varios miles de hectáreas de aquella provincia. Sus peticiones han sido inútiles hasta ahora, porque toda la buena voluntad del Estado no basta para acudir a las muchas obras de esa magnitud que son precisas, ni para disponer del dinero que cada una de ellas reclama. La cooperación de los beneficiados por cada empresa de esa índole es tan principal, que allí donde aquéllos duermen, ésta no se realiza nunca.

Pero he aquí que la Cámara de Comercio convoca a los presuntos regantes. Y éstos acuden, dispuestos a deponer su dañosa pasividad, poniendo su personal esfuerzo al servicio de sus deseos. La excelente disposición de ánimo con que el ministro de Fomento alienta ese linaje de esfuerzos y los auxilia, anima a los reunidos. Y se constituye una Sociedad de regantes, compuesta por ricos propietarios de la zona regable, y dispuestos a que su respectivo crédito personal y real, mancomunado, sirva de base para tratar con el Banco de España la provisión de recursos.

Ahora está más cercana la construcción del pantano que pudo estarlo nunca, cualesquiera que hubiesen sido las influencias puestas en juego para obtener del Estado prelación. Ese sencillo acto de voluntad, ese acuerdo de asociarse es más eficaz por sí solo que todas las peticiones hechas hasta ahora, que todas las quejas exhaladas y que todas las que en adelante se hubieran podido hacer y exhalarse. Porque las palabras no edifican ni crean; y reunirse y disponerse a la acción es inaugurar el único período fecundo: el de los hechos.

Constituye este caso, como el que no hace muchos días aconteció en Jerez para la fundación de una Caja de crédito, un ejemplo de alta moralidad cívica. Parece con él inaugurarse un tránsito del espíritu público, desde la mendicancia colectiva hacia el esfuerzo personal; un resaca de nuestro auge desmayo, por el que renunciamos a disfrutar los bienes apetecidos en truco de no poner en acción la enmohecida máquina de nuestra voluntad.

Esta general propensión a la quietud, que nos invita a pedir lo que por nosotros mismos podemos obtener, tiene aplicaciones concretas que le dan singularísimo realce. Más ostensible que en ningún otro aspecto, se encuentra en este de la vida agrícola. Las construcciones hidráulicas y la difusión del crédito, son dos empresas que renovarían el semblante de los campos españoles, restituyendo el bienestar, más que perdido olvidado, a la existencia aldeana. Pues una y otra vienen aguardando años desoladores para surgir de una ley, de entre las coyunturas de un articulado, derramadas en el país por la munificencia del presupuesto.

Se ha demostrado con números que el crecimiento de valor de las zonas regables compensaría con exceso el coste del pantano para regarlas. Y los propietarios que habían de recoger ese provecho, en vez de unir sus fuerzas y apelar al crédito y garantizar con sus propios fondos los préstamos necesarios para realizar la obra, beneficiándose de camino con el socorro económico muy considerable que el Estado proporciona para estímulo, se han contentado con clamor contra la sequía, suspirar porque alguna buena alma con casaca de ministro se decidiese a hacer la obra, y mirar cómo el agua, por gargantas y quebradas, afuye a los ríos y se pierde en el mar, mientras los predios aldeanos perecen de sed.

Y no es incultura. Las zonas agrícolas no carecen de hombres de buen entendimiento que conocen teóricamente este linaje de empresas, ó que pueden aprenderlo a muy poca costa. Esa reunión de propietarios cordobeses lo atestigua. No es falta del dinero, porque nos desmentirían si tal creyésemos las cifras de las cuentas corrientes en los Bancos españoles, que delatan copiosos caudales inmovilizados. Es inercia, pasividad, falta de acción en el capital para acudir eficazmente allí donde se necesita, y en los necesitados para ponerse adecuadamente en comunicación y contacto con el capital.

El diagnóstico es antiguo, aunque cada día aparece más patente y notorio. Pero el propio dice cuáles eran y son los deberes del Poder público en este orden. Lo que falta es iniciativa, acción: el Poder público debe concentrar los esfuerzos en transmitir y estimular por todos aquellos resortes morales y legales que dirigen la dinámica social. Esto es lo que viene haciendo el actual ministro de Fomento, y a su impulsión responden los intereses particulares con tan gallardo movimiento como el de Córdoba y el de Jerez. Lo cual demuestra que por mucho que se desmiente la energía y la cultura del pueblo, ningún esfuerzo de arriba es baldío cuando corresponde a necesidades positivas de la realidad.

ENTRE REPUBLICANOS

LA ACTITUD DE COSTA

La Prensa republicana no lo dice, por discreción rudimentaria, y los demás discursos en silencio que pase ante la puerta de nuestra casa el cadáver del enemigo. Es éste aquél que se anunció formidable y destructor Unión republicana, sobre la cual han caído inexorablemente los anatemas de Nakens, las rotundas acusaciones de los radicales, los temores del republicano conservador, el látigo juvenal de Joaquín Costa.

Han llamado los unionistas algo muy interesante que el solitario de Graus se propone hacer: tiempo atrás, *El País* en un arranque lírico, tuvo la sinceridad de decir que Costa preparaba un libro, el cual alcanzaría gran resonancia, y daba a entender que la Unión republicana no iría ganando mucho en los juicios contundentes del ilustre polígrafo.

Este, mientras la aludida ocasión llega, va afinando la puntería sobre la maldita Unión; en el *Heraldo*, de Zaragoza, publica una carta que, por lo sabroso y expresiva, reproduciríamos íntegra; pero un párrafo, el fragmento de un párrafo, basta para ver lo bien librado que el Sr. Salmerón escapa a las iracundias apocalípticas del Sr. Costa.

«Urge, urge que el partido se decida a decir resueltamente adios a la llamada por mal nombre «legalidad» y declarar al país en estado de revolución y no hacer otra cosa sino prepararla, intensivamente y muy a prisa, hasta haber restaurado la República... Y si no tenemos pecho y ya despidiéndonos de la legalidad, despidámonos de España y entreguémonos al hado...»

Pero en la carta hay algo mucho más expresivo, y es esto:

«No he de decir—esto ya lo saben—que el desenlace de la contienda electoral no me afecta personalmente, y antes al contrario; mi derrota ha sido mi triunfo. Me libra de una preocupación, acaso de un remordimiento, y confirma cuantas ideas sobre el cambio de régimen y sobre organización y procedimientos del Estado republicano vengo propagando desde hace años. Por algo rehuí toda complacencia por mi parte, notificando lealmente mi voluntad de no ser votado. A otros es a quien, si acaso, podía afectar como en general el resultado del escrutinio del jueves en esa y en las restantes 48 provincias españolas.»

Nos parece que esto no tiene ni necesita comentario; el Sr. Salmerón, puede ir preparando excomuniones a toda prisa.

DOS PALABRAS

El Sr. Varela nos dirige una carta idéntica a otras publicadas esta mañana en algunos periódicos antes de sernos remitida, lo cual nos dispensa de darle nueva publicidad.

Substancialmente dice que se someta su conducta al juicio de cinco caballeros, en tribunal de honor.

Nuestro director, Sr. Mataix, se encuentra hoy en Lérida, de donde, oportunamente avisado, regresará en seguida. El Sr. Mataix propuso que la Junta directiva de la Asociación de la Prensa entendiese del caso, y mantendrá su propuesta. A su regreso pondrá en manos de aquélla todos los antecedentes; de la cuestión.

Los estrenos

EN APOLO

La reina de la Dolores

Homero dormía a ratos, y Arniecho, por lo que ayer vimos, se estaba también de vez en cuando. *La reina de la Dolores* no es, ni mucho menos, la obra de un reputado aparejador de obras teatrales, y para llegar al suceso de anoche no valía la pena de correr tanto. Cuatro días antes ó cuatro días después, con ó sin el estreno previo de *Las gravitinas*, el resultado hubiese sido exactamente igual, y si había temor de que alguien hablara de plagios no bastaba con anticiparse a Perrin y Palacios; era necesario borrar del repertorio el *Mateo de Escalante* y *Los valientes* de Javier de Burgos. Al fin y al cabo, es muy posible que las semejanzas entre *Las gravitinas* y *La reina de la Dolores* no pasen de una situación, y en *Mateo*, en cambio, está entero y verdadero el pensamiento de la zarzuela que oímos anoche.

Esta, no obstante, hubiese podido gustar y aun ser defendida, por aquello de que no hay nada nuevo bajo el sol, si la decantada habilidad constructora de sus autores se hubiese hecho conector por sus efectos; pero precisamente ocurre lo contrario, y salvo el primer cuadro, en el que, al lado de chistes que me parecerían muy bien en *El marqués* ó en *La Cuchumá*, hay situaciones y efectos teatrales hechos de mano maestra, lo demás de la obra peca precisamente por defectos de construcción: todo el cuadro segundo es la repetición de un mismo efecto; pero de un efecto tan antiguo y presentado con tan escasa novedad, que resulta de una monotonía insuperable. En el tercero no ocurre nada, ni siquiera la escena del borracho con el maniquí, que no está previsto, y como en el teatro se vence siempre por sorpresa, también debieron prever los autores de la obra estrenada ayer que ésta no gustar ni aun anticipando cuatro días el estreno y poniendo y quitando escenas pocas horas antes de la primera representación.

De la música, absolutamente insignificante, no hay para qué hablar, y tanto ella como el libro merecen la indulgencia que se suele otorgar a las cosas que fueron: la obra figura hoy en el cartel, y de algún modo hemos de pagar a los autores que no se hayan obstinado en convencer al público de que *La reina de la Dolores* era una maravilla. De lo que conviene hablar y lamentar es, porque es justo, es de la interpretación, que en las escenas de conjunto del primer cuadro fué excelente, y demostró cuánto conviene tener compañías disciplinadas, aunque en ellas no figuren actores de mucho cartel.

Anoche, por ejemplo, fueron las primeras figuras las que fracasaron y las que contribuyeron al fracaso de la obra. Carreras falló el tipo del valiente de pueblo, haciendo un chulapón madrileño de los que hace el diario; Riquelme tampoco ha visto en el natural el *Chepa* que ayer hizo, y además, por lo visto y para empeorar aún las cosas, ha puesto cátedra de mala dicción: todos los actores hablaban como él, truncando las palabras, como si la truncadura fuese una cosa graciosísima, y eso que en Riquelme, por ser personal es, no planchea excusablemente, resulta digno de las mayores censuras hecho por los que le imitan.

Mesejo, la señora Vidal, Manzano y algunos otros, hicieron sus papeles con acierto, aunque sin excederse, y en cuanto a la señorita Sobajano, es lícito felicitarla por su ascenso a primera tiple de Apolo, pero no por su labor de ayer.

Alejandro Miquis.

NO HAY TAL RETIRADA

Mi gozo en un pozo: Al escribir la revista del estreno de anoche, creía yo, porque así se dijo anoche en Apolo, que los autores de *La reina de la Dolores* habían retirado su obra. El cartel me arrebató esa dulce ilusión.

La obra seguirá en escena como si hubiese gustado, y una vez más afirmada la teoría de Granés, según la cual no pueden tenerse las obras por fracasadas mientras no se dispongan torpedos desde las butacas. ¿Qué se le va a hacer!—A. M.

EN PARISH

La niña del organillo

Separando ó clasificando convenientemente los elementos que reúne el melodrama *La niña del organillo*, estrenado anoche, vaya una crónica negra nutrida para las columnas de un periódico. Resultaría tan emocionante como variada, con arreglo a los últimos adelantos del hampa y muy a propósito para encabezarla con sumario é intercalar monos en el texto.

Ocho actos, divididos en once cuadros, tuvo la bondad de servir al público el autor de *La niña del organillo*, poniendo en acción una conocida novela de folletín.

Al pronto resulta alarmante pensar en el cinematógrafo que al espectador ofrecen tantas mutaciones, convirtiendo el decorado en película, por la rapidez con que han de sucederse los cuadros.

Pero a poco que se medite se cae en la cuenta de que once cuadros en ocho actos no es mucho para el pintor tan adoso de un melodrama, ya que en el género cómico-lírico abundan los melodramas que, comprimidos y todo en un solo acto, requieren cuatro ó seis telones y una porción de cosas más para que no estén ociosos un solo instante los tramoyistas.

Lleva, aparte de lo citado, una gran ventaja *La niña del organillo* sobre muchos de los estrenos que se dan por esos escenarios de Dios: la de que el autor del melodrama lo ha ofrecido sin trampa ni cartón; esto es, denominando con honrados dígito de elogio la clase de su mercancía y no ocultando el marchamo de procedencia.

Claro está que hay que cerrar los ojos a no pocos pasajes de *La niña del organillo* para que la obra resulte lo que su autor se propuso en el sentido de triunfar de las masas desde el escenario, halagándolas con vivas y otros excesillos. Pero seguramente la piedra filosofal no fué otra que sentirse autor D. Federico Palomera al hojear las emocionantes páginas del folletín en que se inspiró, y aun cuando no estuvo felicísimo en componer los capítulos más salientes de la trama, en justificar lógicamente la unidad de tiempo y acción, en perjuicio del elemento principalísimo de todo melodrama, ó sea el interés, es lo cierto que el público pasó por todo, como suele decirse, por la sola satisfacción de ver triunfante la virtud y castigado el vicio al finalizar la representación.

Inspirándose en este único propósito, no cabe duda que el aplauso se hace poco menos que incondicional, sin que por el buen gusto y las modestas aspiraciones demostradas por el autor de *La niña del organillo*.

Tratándose de obra de distinto linaje, y ya desde luego sería harina de otro costal. Es de suponer que el melodrama del señor Palomera, con sus defectos y virtudes, promueva algunas buenas entradas a la caja de París.

Sobre el asunto, y nosotros deseamos que el éxito sea definitivo y completo. El público llamó varias veces a escena al autor é intérpretes del melodrama estrenado, aplaudiendo muy especialmente entre los artistas a la señora Echevarría, a la niña Ruiz y a los Sres. Bassó y Tressolis.

Este con mayor motivo, por cuanto el papel que representó es de importancia muy relativa, tratándose de un primer actor y director.

El decorado es, en general, de buen efecto, si bien alguna de las siete decoraciones de que hablaba el cartel, más que estruendo pareciera... repis.

M. Portolés.

IN MEMORIAM

Hemos recibido una carta de D. Isaac Peral Cuello, hijo del ilustre marino y hombre de ciencia de igual nombre; desea aclarar una frase estampada días atrás en el DIARIO UNIVERSAL hablando de los submarinos.

Decíamos nosotros que Peral declaró el suyo imperfecto, y según nuestro comentario, sólo se refería a la construcción, no al invento.

Accedemos gustosamente a la aclaración; nos basta con que la soliste el hijo del malogrado sabio, a cuya memoria guardamos nosotros tanta y tan sentida admiración como respecto.

PARA LOS NIÑOS

LA VUELTA A LA ESCUELA

Acaban de terminar los exámenes de prueba de curso; pronto se abrirán de nuevo las escuelas y volverán a encontrarse reunidos los compañeros de todos los años, y los nuevos estudiantes que vengan a aumentar el número de escolares.

Verdad que sentís una sensación extraña el primer día de clase? Después de la larga ausencia os acordáis al amigo, cuyo recuerdo os acompaña en vuestra vacación veraniega. Cuánto tenéis que contaros! Y sin embargo, en los primeros momentos permanecéis turbados, indecisos, sin saber por qué no podríais desconfiar si es satisfacción de volver a verse ó pesar por la libertad que cesa.

Para muchos niños el colegio es un refugio. Los de posición desahogada han podido divertirse en viajes ó en la cómoda casa paterna; los desdichados que sufren los rigores de la miseria vagaron por las calles y por las plazas echando tal vez de menos el dulce ambiente de la casa, necesitando el alimento que reciben en las cantinas escolares.

Muchos volverán con pesar a las clases; se aficionarán a la libertad de la vagancia, se contaminarán con la pillería de los que continuamente viven en el abandono y creen ser más felices en su vida libre que en la escuela. Tal vez tuvieron razón si la sociedad no hubiese creado este engranaje que nos aprisiona. ¡Es tan natural en el hombre el deseo de la libertad, de la vida libre en plena naturaleza!

Los cambios, otros niños mirarán con envidia a los escolares; ellos desearían ir a las escuelas también: algunos se matricularon en ellas, pero no hay sitio para todos; yo conozco muchos casos de esto, y la verdad es que apenas ver que no hay medios para que todos reciban la enseñanza, hacen falta igualdad en el punto de partida, que todos podáis disfrutar de la educación y la cultura.

¡Qué grato sería que dentro de muchos años alguno de los pequeños lectores de *Colombine* fuese diputado ó ministro y se ocupase de remediar estos males, acordándose de tanto niño como necesita cultura, de tanto pobre sordo-mudo y ciego que no tiene medios de ponerse en comunicación con sus semejantes porque no hay centros donde educarlos; de tanto asilado que se convierte en máquina dentro de esas cárceles disfrazadas; de tanta miseria y desigualdad...

Si, lectorcito mío, no reíd; mi esperanza está en vosotros, en los *hombres del porvenir*; estoy segura que los gobernantes de la actualidad no pueden ocuparse de nada de esto. Tienen cosas más importantes para los altos fines de la política.

Trabajad y estudiad mucho, pero no en los rutinarios libros de texto que se pondrán en vuestras manos. No ejercitéis la memoria mecánica para recitar fatigadas dinastías de reyes, tablas de números y nombres de pueblos; fijad la atención en los adelantos del progreso, en los principios de Ética, en los rudimentos de Derecho, que os enseñarán vuestros maestros.

Pensad, añadiendo a buscar la belleza y el arte, a seguir el progreso, a investigar en la ciencia.

Si en vez de salir de la escuela recitando libros salís pensando, podremos tener esperanza en vosotros.

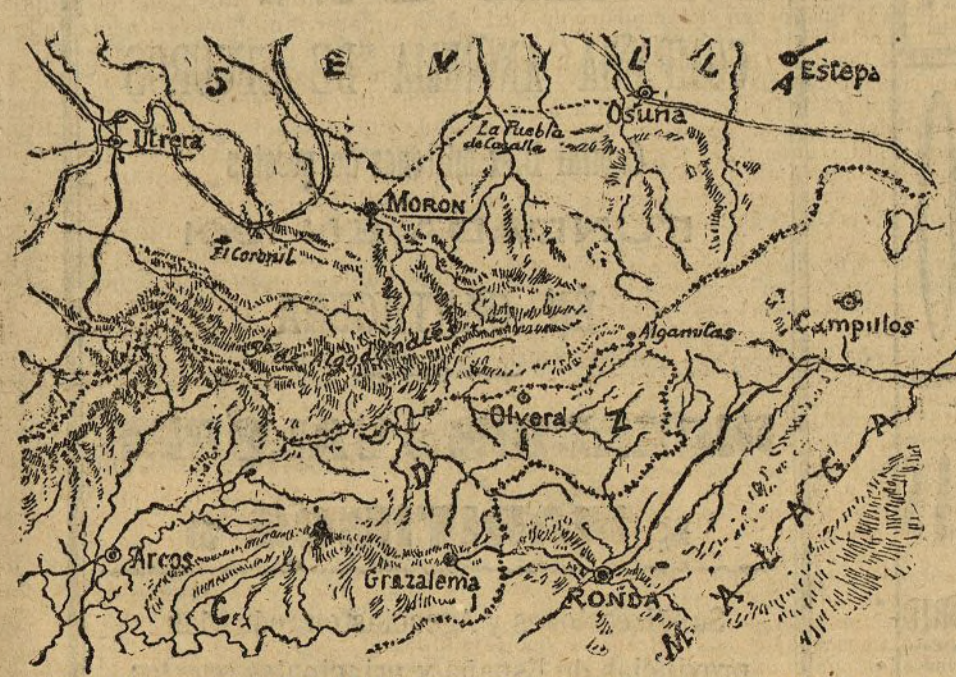
¿Os reís? ¿Creéis tal vez que por vuestra poca edad es imposible que podáis realizar todo esto?

Tened en cuenta que no estáis solos, que vuestros padres y maestros os ayudan y que en la Prensa tenéis ya amigos que procuran haceros pensar.

El germen está sembrado: yo confío en que germinará.

COLOMBINE

EL BANDOLERISMO EN ANDALUCÍA



Plano del centro del bandolerismo y teatro de las correrías del "Vivillo"

Los "caballistas" del ful

Todo degenera con el tiempo, y esa infima representación del espíritu aventurero español que tan bonitas ratas tuvo en la hermosa región andaluza, donde perduran aún el ambiente y los recuerdos de José María, los Niños de Eja, Diego Corrientes, el Bizo del Borge, Melgares y otros no menos renombrados, desapareció, quedando un arlequinesco fantasma, que vive, sí, por la inmundicia del ambiente en que se desarrolla y una serie de concausas innatas en nuestro carácter y organización.

Lo que por tradición seguimos llamando «Bandolerismo andaluz» son hoy raterías y crímenes íntimamente enlazados, que no podrán en absoluto desaparecer hasta que las regiones donde anidan alcancen un mayor desarrollo de vida moderna. El ferrocarril, el telégrafo y la industria, serán, en unión de más apoyo moral a la Benemérita y menos abusivo empleo de ella en otras funciones, los que extirpen de raíz el mal. Crear que hoy es posible la repetición de las legendarias proezas de los antiguos caballistas es inocente. Ni la organización social lo permite, ni los medios de represión lo consienten. Aquellas partidas a lo José María que tenían regiones enteras como campo de operaciones, contra las que se mandaban columnas de tropa para darles caza, a las que hacían frente, y donde el valor personal de quienes las formaban era principal factor, esas no pueden existir hoy. Ante un proyectil Mauser disparado a un kilómetro no valen arrostros gallardos, ni en las poblaciones donde existe un puesto de Guardia civil puede anidar esa gente.

Pero que el bandolerismo existe en Andalucía hay que reconocerlo; más ó menos ful, en la acepción genuina de la palabra, es lo suficiente para que la intranquilidad se extienda en aquellos campos, las correrías de moderna vida encuentran diques y para que haya llegado el momento de poner remedio al mal, que amenaza acrecentarse.

¿Cómo? Estas líneas serán la disección de él; a todos toca poner el catarro en la laga.

El riñón del bandolerismo andaluz

Tal es el calificativo que cuadra a las partes colindantes de las provincias de Sevilla, Cádiz y Málaga, que pudieran encerrarse dentro del cuadrilátero cuyos vértices fuesen Morón, Estepa, Campillos y Ronda.

Las estrabaciones de la sierra de Algodona, la famosa serranía de Ronda, la de Yagües y otras análogas, es terreno que se presta como nido de esa gente maleante por la facilidad de esquivar en ellas la acción de la Benemérita. Necesitábase allí acordonar lugares enteros de terreno y esperar así meses para que por aburrimiento se entregasen. Por aquella región se conserva para la leyenda de las tradiciones las hazañas de los antiguos bandoleros andaluces, ya que los salientes y rodeados de la aureola que los dióron romanceros de plaza pública y escritores encanto de porteras.

Allí es donde más se ha cultivado la nota «generosa» entre el pueblo, y por consiguiente, allí se encontraron y encuentra toda la gente maleante de escopeta en arzón su principal auxilio. Si a las estadísticas hemos de atendernos, Estepa, sobre todo, es la que mayor contingente viene dando de los que, primero ladrones de caballerías, más tarde se echan desahogado al campo concertando robos en cuadrilla, y al ser descubiertos se declaran en abierta rebeldía.

Muerte del "Crifilto" y captura del "Ranga"

Lo verdaderamente curioso es el sentido moral que en algunos pueblos de aquellas provincias existe. No sólo ellos encuentran toda clase de facilidades para su honrado oficio; sus familias son consideradas y hasta alternan. Como que en la cuestión de serencuñadores las familias el art. 17 del Código penal es muy elástico, y es más cómodo aquí vivir de lo que *afuera* el código...

Fruchó de que cuando los falanxistas auxiliares caen en seguida, es la muerte del *Crifilto* y captura del *Ranga* en Marzo de este año.

El *Crifilto* era natural de Zahará, y con la leyenda de haber matado a un guardia civil, herido gravemente a otro y luchado varias veces a tiro limpio con los civiles. Tenía organizada una partida con la cual cometió, entre otras fechorías, la de robar al propietario de Antequera D. José Moreno; asaltar el castillo de Somalo, propiedad del conde de Algeciras, D. Eduardo Saenz, matando al mayordomo y sacerdote don Isidoro Lachano, y el robo al peatón de la correspondencia pública de Morón a Olvera, a quien hirieron gravemente de una descarga cerada, apoderándose entonces de la balija y buscando convenientemente a su presencia las cartas que contenían valores, sin preocuparse lo más mínimo del infeliz moribundo.

Intérnase, a causa de la activa persecución que se le hacía, en la serranía de Ronda, y el infatigable capitán de aquella compañía señor Escríbano, que ha conseguido con su labor inteligentísima gran apoyo moral en el país y una consideración y respeto grandes, tomó tan acortadas medidas, que a los pocos días la partida del *Crifilto* se tiroaba con los guardias civiles Rojano, Voga y Colubi, quedando muerto aquél, herido otro bandido y dispersada la partida.

De ella formaba parte otro no menos renombrado malhechor, y anarquista por añadidura, apodado el *Ranga*, que escapó en dirección de Benaoján, de donde era natural. Allí estaba por orden de dicho capitán el teniente Montijano, con unos cuantos guardias, quien decidió dar una batida por unos montes próximos donde sospechaba se había refugiado el *Ranga*.

Salir del pueblo el oficial y escapar mu-

chos vecinos para darle aviso de que los guardias se acercaban, todo fué uno.

Por fortuna, era necesario atravesar un río y el vado más próximo estaba cuatro kilómetros. Mientras los del pueblo a él iban, el teniente, con unos guardias, atravesó el río con agua al cuello. Subir hasta las cuevas donde presumían estaba perfectamente padeado y con municiones sobradas el *Ranga*, era exponer a que matase cuatro ó seis guardias. El oficial decidió subir al, teniendo que imponer su autoridad a los enconados veteranos que lo seguían y no querían, por carino, dejarle efectuar la peligrosa ascensión.

Su ordenanza, al mandarle que no le siguiese, le dice:

—Mí teniente, no le dejó a usted solo.

—Te lo manda tu jefe—contestó el oficial.

—Usted no es mi teniente, es mi señorito...

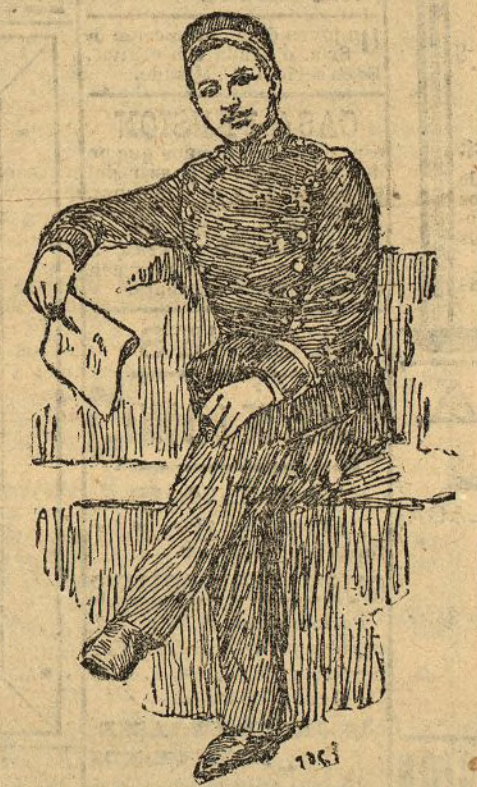
Sube el oficial, va cuesta por cuesta gritando: *¡Ranga! ¡Ranga!* Por fin, en una, contesta el bandido:

—¿Quién me llama?

El oficial dió el primer nombre que se le ocurrió.

—Pues entra—contestó el *Ranga*.

A los pocos momentos salía de ella el oficial, disparando un tiro para llamar la atención de



El teniente Montijano

sus guardias, que subieron a la carrera con varios paisanos la empinada cuesta que conducía a la cueva litorosa y exclamando:

—¡Han matado al teniente!

Su alegría no tuvo límites al verle vivo, aunque con ligeras contusiones, y que les decía:

—Entrar en la cueva por el *Ranga*. Ahí está.

El audaz bandolero estaba en ella boca abajo, con un cuchillo y una escopeta al lado, y amarrado con el cordón del revólver del oficial, que nunca ha querido, por modestia, contar la lucha que allí dentro se desarrolló.

Cuando lo sacaron sólo dijo una frase al ver al oficial:

—¿Quiere usted un certificado de que me cogió?

Para que el lector comprenda su alcance, hay que tener en cuenta que el teniente Montijano tiene veinte y tres años, poca estatura, es barbilimpio, y en Madrid mismo, donde ahora está destinado, cuando va por la calle vivía de lo que *afuera* el código...

Fruchó de que cuando los falanxistas auxiliares caen en seguida, es la muerte del *Crifilto* y captura del *Ranga* en Marzo de este año.

El *Crifilto* era natural de Zahará, y con la leyenda de haber matado a un guardia civil, herido gravemente a otro y luchado varias veces a tiro limpio con los civiles.

Tenía organizada una partida con la cual cometió, entre otras fechorías, la de robar al propietario de Antequera D. José Moreno; asaltar el castillo de Somalo, propiedad del conde de Algeciras, D. Eduardo Saenz, matando al mayordomo y sacerdote don Isidoro Lachano, y el robo al peatón de la correspondencia pública de Morón a Olvera, a quien hirieron gravemente de una descarga cerada, apoderándose entonces de la balija y buscando convenientemente a su presencia las cartas que contenían valores, sin preocuparse lo más mínimo del infeliz moribundo.

Intérnase, a causa de la activa persecución que se le hacía, en la serranía de Ronda, y el infatigable capitán de aquella compañía señor Escríbano, que ha conseguido con su labor inteligentísima gran apoyo moral en el país y una consideración y respeto grandes, tomó tan acortadas medidas, que a los pocos días la partida del *Crifilto* se tiroaba con los guardias civiles Rojano, Voga y Colubi, quedando muerto aquél, herido otro bandido y dispersada la partida.

De ella formaba parte otro no menos renombrado malhechor, y anarquista por añadidura, apodado el *Ranga*, que escapó en dirección de Benaoján, de donde era natural. Allí estaba por orden de dicho capitán el teniente Montijano, con unos cuantos guardias, quien decidió dar una batida por unos montes próximos donde sospechaba se había refugiado el *Ranga*.

Salir del pueblo el oficial y escapar mu-

do, los vecinos para darle aviso de que los guardias se acercaban, todo fué uno.

Por fortuna, era necesario atravesar un río y el vado más próximo estaba cuatro kilómetros. Mientras los del pueblo a él iban, el teniente, con unos guardias, atravesó el río con agua al cuello. Subir hasta las cuevas donde presumían estaba perfectamente padeado y con municiones sobradas el *Ranga*, era exponer a que matase cuatro ó seis guardias. El oficial decidió subir al, teniendo que imponer su autoridad a los enconados veteranos que lo seguían y no querían, por carino, dejarle efectuar la peligrosa ascensión.

Su ordenanza, al mandarle que no le siguiese, le dice:

—Mí teniente, no le dejó a usted solo.

—Te lo manda tu jefe—contestó el oficial.

—Usted no es mi teniente, es mi señorito...

Sube el oficial, va cuesta por cuesta gritando: *¡Ranga! ¡Ranga!* Por fin, en una, contesta el bandido:

—¿Quién me llama?

El oficial dió el primer nombre que se le ocurrió.

—Pues entra—contestó el *Ranga*.

A los pocos momentos salía de ella el oficial, disparando un tiro para llamar la atención de

los vecinos para darle aviso de que los guardias se acercaban, todo fué uno.

Por fortuna, era necesario atravesar un río y el vado más próximo estaba cuatro kilómetros. Mientras los del pueblo a él iban, el teniente, con unos guardias, atravesó el río con agua al cuello. Subir hasta las cuevas donde presumían estaba perfectamente padeado y con municiones sobradas el *Ranga*, era exponer a que matase cuatro ó seis guardias. El oficial decidió subir al, teniendo que imponer su autoridad a los enconados veteranos que lo seguían y no querían, por carino, dejarle efectuar la peligrosa ascensión.

Su ordenanza, al mandarle que no le siguiese, le dice:

—Mí teniente, no le dejó a usted solo.

—Te lo manda tu jefe—contestó el oficial.

—Usted no es mi teniente, es mi señorito...

Sube el oficial, va cuesta por cuesta gritando: *¡Ranga! ¡Ranga!* Por fin, en una, contesta el bandido:

—¿Quién me llama?

El oficial dió el primer nombre que se le ocurrió.

—Pues entra—contestó el *Ranga*.

A los pocos momentos salía de ella el oficial, disparando un tiro para llamar la atención de

los vecinos para darle aviso de que los guardias se acercaban, todo fué uno.

Por fortuna, era necesario atravesar un río y el vado más próximo estaba cuatro kilómetros. Mientras los del pueblo a él iban, el teniente, con unos guardias, atravesó el río con agua al cuello. Subir hasta las cuevas donde presumían estaba perfectamente padeado y con municiones sobradas el *Ranga*, era exponer a que mat











